

LEÓN ARSENAL

EL ESPEJO DE  
SALOMÓN

LA PELIGROSA BÚSQUEDA  
DEL TESORO DE LOS VISIGODOS



Alejandra Espinosa, historiadora en paro, oye hablar por casualidad, durante una reunión de antiguos compañeros de estudios, acerca de un libro muy extraño, fechado en el siglo XIX y descubierto por un amigo mientras catalogaba una biblioteca particular. Ese libro está escrito en ulfiliano, el antiguo alfabeto de los visigodos, y en el prólogo se afirma que es la copia de un texto medieval. Intrigada por ese hallazgo misterioso y sospechando que pueda ser una falsificación histórica, tema del que es una apasionada, se decide a investigar acerca del mismo. Esa investigación la va a conducir a una cadena de la que el propio libro no parece ser sino uno eslabón más y que parece remontarse a lo largo de los siglos, desde nuestros días a la época de los reyes visigodos. Una trama oculta que ha involucrado a sociedades secretas y personajes públicos de lo más variopinto, todos ellos en pos de un objetivo que no acaba de aparecer claro. También va a llegar a otra conclusión en muy poco tiempo: la de que todo aquel que se interesa por el libro y se acerca demasiado a él, parece verse expuesto al peligro o incluso a una muerte violenta.

A Sara Ballesteros.  
Existen muchos más tesoros de lo que uno podría  
creer y no siempre lo mejor es que se mantengan  
ocultos.

# INTRODUCCIÓN

Para ir de la Carpetania a la Bética, las caravanas tenían por fuerza que cruzar la Beturia; región agreste, fragosa y de fama pésima. La vieja calzada romana bajaba entre peñas oscuras y bosques, a menudo cerca de los precipicios. No había en esas montañas muchos poblados y sí abundancia, de creer a las leyendas, de diablos y hombres salvajes, descendientes de proscritos y esclavos huidos, que atacaban y devoraban a los viajeros.

Pero, a pesar de todo eso, el jeque estaba más que contento de dejar por fin a la espalda las polvorientas mesetas carpetanas, donde tanto los indígenas como los godos les eran hostiles. Contento porque, al otro lado de los pasos y despeñaderos, se abrían las tierras del Sur, donde las ciudades les habían recibido con las puertas abiertas por odio a sus antiguos gobernantes. Aquellas montañas fragosas no impresionaban a alguien como el jeque, que había llevado una vida dura, siempre en campaña, y, en lo tocante a bandidos y ogros, su escolta sabría hacerles frente, si es que se atrevían a asomar la nariz, ya que la suya no era una caravana de mercaderes precisamente.

El jeque y sus hombres habían salido hacía unos días de Toledo, la capital del derrocado reino visigodo de Hispania, dando escolta a un gran carromato de ruedas macizas y un tiro de seis bueyes. El carro era cerrado e iba cubierto por cueros, y, en los descansos y pernoctas, había siempre dos árabes de guardia a su lado; porque en su interior descansaban los restos de un joven guerrero árabe, de sangre muy noble, que había muerto de fiebres cerca de Toledo. Fue su

último deseo que permitiesen descansar su cadáver en las arenas de su patria natal, Arabia, y el emir Muza ben Noseir no había sido capaz de negarse a esa petición que, aunque bastante pagana, le había sido hecha en el mismo lecho de muerte.

Unos sabios de Toledo habían embalsamado el cuerpo con especias, para que pudiera resistir el largo camino que habría de llevarle a los puertos del Sur y luego por las rutas reseca de África, Libia y Egipto, hasta recalar por último en Arabia. La guardia personal del emir había introducido el cadáver en el carromato, y éste lo había sellado con sus propias manos. También había sido él quien había designado al jefe de la escolta, y elegido a cien guerreros que protegiesen el carro y su cargamento; los bastantes para garantizar su paso por los caminos de Hispania, que nunca habían sido demasiado seguros y que en aquellos momentos, tras el colapso del estado goda, eran más que peligrosos para viajeros solitarios y grupos pequeños.

Había sido un viaje lento, fatigoso, al paso bamboleante de los bueyes, bajo el fuego del sol y envueltos en un polvo rojo que lo cubría todo y se metía por todas partes. Pastores y campesinos salían a los cerros, a una distancia prudencial, y, apoyados en sus lanzas, contemplaban el paso de esa comitiva, extraña de verdad. El carromato avanzaba dando tumbos, entre el traqueteo de las ruedas, y los boyeros correteaban junto al tiro, con voces y agitar de agujas. La escolta cabalgaba delante y media docena de mulas con la impedimenta cerraba la comitiva, mientras algunos ojeadores iban y venían al trote, atentos a posibles emboscadas.

Pero era la escolta, y no el carromato, la que de inmediato llamaba la atención de cuantos se cruzaban con la cabalgata. En ella se daban cita árabes de mantos sueltos, piel oscura y armamento ligero, a lomos de caballos de estampa fina. Lanceros bereberes en mulas de gran alzada. Visigodos de armaduras pesadas, sobre caballos de guerra,

grandes y feroces. El espectáculo resultaba tan llamativo que la gente salía a verlos; se lo señalaban unos a otros desde los cerros y no faltaban curiosos que se acercaban al camino, tratando de enterarse de más. Los ojeadores les ahuyentaban dando voces y agitando sus jabalinas, y los visigodos, los únicos que eran capaces de entenderse con ellos, reían pero no soltaban prenda.

También el jeque, durante lo que sería la última noche de su vida, había estado reflexionando largo rato sobre lo variopinto del destacamento encomendado a su mando.

Fue durante una de las pernoctas en las sierras de la Beturia. Habían acampado cerca de la calzada romana, en una explanada de defensa fácil, ya que no era posible acercarse a ella sin ser visto y el despeñadero, situado a la espalda, impedía una sorpresa. Los sirvientes habían levantado la tienda, antes de recoger leña y preparar la cena. Luego, el jeque se había quedado sentado a solas a la puerta de su carpa, ante una pequeña fogata, sorbiendo pensativo una infusión amarga, preparada con hierbas locales por los muleros de carga.

El jeque era hombre entrado ya en años, con la barba más cana que negra, flaco y con la piel como el cuero, gracias a toda una vida al sol y el viento, guerreando para el califa de Bagdad. Era mucho lo que había visto y se tomaba las cosas con calma. Bebía la infusión despacio y dejaba ir los ojos entre el campamento, el carromato y la oscuridad circundante. El viento aullaba, haciendo agitarse las llamas. Los toldos de la tienda chasqueaban y, a la luz alborotada del fuego, los mantos de los hombres aleteaban. Había media docena de hogueras pequeñas, hechas de ramajes y matas y, a su resplandor, se movían los godos y los bereberes, que se pasaban unos a otros pellejos de vino, mientas que los árabes se mantenían apartados, conversando entre ellos.

El emir Muza no había reunido por casualidad aquel destacamento tan heterogéneo, demostrando una vez más

su astucia y que era capaz de maniobrar en las circunstancias más adversas. Porque, en los últimos tiempos, habían surgido diferencias entre él y el caudillo de los bereberes, Tariq, por cuestiones de prestigio y botín, y éste que ya no era tan de fiar como antes de la conquista. A eso había que sumar las rencillas entre las distintas facciones árabes, de forma que el emir no sabía muy bien en quién confiar o apoyarse. Por eso, tras reflexionar mucho, había decidido que la guardia del carromato estuviese compuesta por tres tercios de guerreros, a partes casi iguales: uno de árabes, otro de bereberes y el tercero de visigodos, de los incorporados al ejército vencedor a partir de las filas de los witicianos, que tan decisivos habían resultado a la hora de derrotar a las huestes del rey godo Rodrigo.

Mientras jugueteaba con el pocillo de madera, tratando de sentir en las palmas el calor de la cocción, el jeque fijó los ojos en los hombres que bebían y reían, entre las nubes de chispas aventadas por las ráfagas. Sobre todo, reparó en los visigodos. Eran hombres grandes y fuertes en su mayoría, muchos con cabelleras largas que ellos consideraban una señal distintiva de su estirpe. Excelentes guerreros pero vástagos de un pueblo decadente, gobernado por nobles proclives al asesinato y a la traición, que había acabado sucumbiendo ante los árabes, víctima de sus propios pecados. Porque, de no haberse pasado las dos alas del ejército visigodo a los invasores, durante la gran batalla librada en el sur, la caballería pesada de Rodrigo hubiera aplastado a las tropas ligeras de Tariq.

Un soplido de aire avivó de nuevo las llamas, y más torbellinos de pavesas salieron volando hacia lo alto. Al resplandor rojo del fuego, el emir contempló con disgusto cómo los pellejos de vino pasaban de mano en mano; pero poco podía hacer. Aquellos godos eran cristianos, y el caso de los bereberes era aún peor; porque, aunque muchos habían abrazado el credo del Profeta, lo habían hecho sólo por fuera, como lobos con piel de cordero, y en su alma se-

guían siendo cristianos o paganos, cuando no adoradores del diablo.

Apuró los posos de la infusión, para ponerse después en pie. Algunos hombres volvieron la mirada hacia aquel caudillo flaco y añoso, de piel curtida y un manto blanco que se agitaba a capricho del viento. Él pasó los ojos por un momento al lateral del campamento, al carronato que reposaba en la penumbra, con los bueyes desenganchados y las ruedas trabadas. Se cercioró de que dos de sus árabes montaban guardia entre las sombras, armados hasta los dientes. Giró luego la cabeza hacia los guerreros que bebían y reían junto a los fuegos, antes de volverles la espalda y entrar en su tienda; la única que había en el campamento, ya que todos los demás dormían al raso.

Despertó más tarde, en plena noche, pero no gracias a ninguno de sus hombres, sino alertado por los gritos y el entrechocar de las armas, entre el rugido del viento. Se incorporó en la oscuridad, encontró a tientas la espada y salió con ímpetu al exterior de la carpa, cubierto sólo por la túnica. Parpadeó acero en mano, cegado durante un momento por el resplandor de las hogueras recién avivadas. Por eso tardó varios latidos en comprender que eran sus hombres los que estaban luchando entre ellos, y no contra ningún atacante. El guardián de su tienda no había podido alertarle porque yacía casi a la puerta de la misma, con una *cateia* —esa pequeña hacha arrojadiza de los godos— clavada en la cabeza. Debían haberle matado por sorpresa, sin tiempo a dar voz de alarma, y el viento había apagado el ruido de cuerpo y armas al desplomarse.

Eran los godos los que habían atacado al resto del destacamento. Amparados por el ventarrón que soplaba sobre los precipicios, se habían ceñido las cotas de escamas y los cascos, y habían acometido a los durmientes con sus grandes espadas y las lanzas. La mayor parte de los bereberes tenían que haber muerto mientras dormían, y los demás debían haber opuesto resistencia escasa o nula. Puede que

el vino que tan a mala fe les habían ofrecido esa noche contuviera algún narcótico o un estupefaciente, o tal vez su debilidad se debiera sólo a la gran cantidad ingerida, pero lo cierto es que habían sido acuchillados en el suelo.

Ahora los godos estaban luchando con los árabes. Se atacaban entre los resplandores agitados de las llamas, con gritos de guerra y entrechocar de hierros. Los árabes estaban en clara desventaja, ya que apenas habían podido empuñar espadas y dagas, y se batían a cuerpo descubierto, sin haber ceñido defensa alguna. El jeque se mesó furioso la barba cana al percatarse, por la forma en que se tambaleaban, que más de uno de sus hombres debía haber aceptado también la invitación a beber, una vez que él se hubo retirado a su tienda.

Los árabes luchaban con furia, pero faltos de coordinación, y los visigodos les abatían con sus grandes espadas, blandidas a dos manos, mientras que sus propios filos se estrellaban en vano contra las cotas de escamas y los escudos. Al desorden y el alcohol se unía el desconcierto, porque aquel ataque les había cogido totalmente por sorpresa; ya que nadie, excepto el jeque, sabía de verdad qué escondía el carromato cerrado. Éste, a la puerta de su tienda, presencié cómo sus hombres cedían, abrumados por la desventaja de armamento y las bajas sufridas, y estaban a punto de desbandarse. Así que se sacudió el estupor con un rugido de rabia, y echó a correr hacia el combate, enarbolando su legendaria espada curva.

Pero no llegó ni a unirse a los suyos. Tres godos grandes, con cotas de escamas y cascos, le cerraron el paso con largas lanzas de jinete entre las manos. El jeque, sin ni siquiera escudo, se lanzó aun así contra ellos con un grito, la sangre hirviendo. Pero aquellos tres eran guerreros experimentados, sabían cómo manejar las varas y no le dieron oportunidad siquiera de acercarse. Aunque consiguió detener un puntazo con un revés de la espada, los otros dos le clavaron las moharras en el cuerpo. El jeque sintió más frío

que dolor al principio, y que las fuerzas huían de sus miembros. La espada, esa de tantas victorias, se le escapó de entre los dedos. El tercer godo le ensartó con su lanza, con tanta fuerza que la punta le salió por la espalda.

La muerte del viejo caudillo desalentó a los árabes y acabó por quebrar su resistencia. Su cohesión cedió y, abrumados, muchos cayeron bajo los hierros godos. Unos pocos volvieron la espalda y huyeron, cada cual por su lado, en la oscuridad.

Al fragor del combate, siguió un silencio extraño. Los vencedores permanecieron inmóviles unos instantes, las armas goteando rojo, y hasta el viento pareció encalmar de golpe, de forma que, durante unos instantes, sólo se escuchó el crepitar de las hogueras y los lamentos de los heridos. Luego volvió a alzarse el aire, y de nuevo aventó las pavesas. Algunos godos se dedicaron a rematar a los enemigos agonizantes —pocas heridas tenían que cuidar en su bando, gracias a las armaduras y la sorpresa—, en tanto que los demás convergían junto al carromato, desamparado desde el comienzo de la lucha por sus guardianes, que habían corrido en auxilio de sus camaradas.

Entre varios, lograron desplazar varias tablas sin romper el sello del emir Muza, ya que Walia, el jefe de los visigodos, quería preservarlo. Ese sello había sido colocado para evitar que algún espía o curioso, o un jefe de patrulla demasiado inquisitivo, pudieran echar una ojeada al interior. Una vez que los maderos fueron retirados, el propio Walia cogió una antorcha para echar un vistazo al interior. Sus seguidores se agolparon a sus espaldas, pero muy poco llegaron a ver.

Walia —alto, fuerte, cubierto por una cota de escamas bruñidas, ahora salpicadas de sangre— se apartó despacio del carro. Arrojó la antorcha hacia la oscuridad y sacudió la cabeza para hacer ondear la cabellera espesa y oscura, porque se había quitado el casco.

—Está. Está ahí dentro —confirmó, con esas palabras, que en el carro no había ningún ataúd ni cadáver, y sí un cargamento bien distinto.

Los godos estallaron en aclamaciones, y algunos blandieron sus armas aún ensangrentadas, de forma que los ecos retumbaron por las peñas y los barrancos, y parecieron sostenerse largo tiempo en la oscuridad.

Luego el griterío se fue apagando. Los vencedores limpiaron sus hierros y volvieron a colocar las tablas del carro en su sitio. Esa noche no durmieron, sino que velaron hasta el amanecer y, con las primeras luces, arrojaron los cadáveres a un despeñadero bien hondo. Los cuerpos se perdieron entre la maleza del fondo. Lo mismo hicieron con parte de la impedimenta, aunque tuvieron buen cuidado de guardar los salvoconductos librados por el propio emir Muza, por si se topaban con alguna patrulla de árabes. Luego se pusieron en marcha, llevando con ellos las caballerías de los muertos, que habrían de soltar apenas entrar en la Bética, porque Walia no quiso dejarlas allí, para que no murieran devoradas por las fieras o los salvajes; o que alguno de los supervivientes árabes pudiera recuperar una montura y lograrse dar la alarma.

En cuanto a ellos, a los supervivientes de la matanza, unos se despeñaron al huir en la oscuridad, otros se extraviaron en los montes de la Beturia, y allí murieron de hambre y frío, y más de uno acabó en las panzas de los caníbales que habitaban aquellos despoblados. Ninguno logró volver a Toledo o la Bética para dar cuenta de lo que había ocurrido, y así fue como, a ojos de los hombres, el carro y su contenido se esfumaron para siempre, y el incidente se convirtió en un motivo más de recelo entre los jefes árabe y bereber, Muza y Tariq.

## 1

Primero fue un trueno lejano, retumbando sobre las montañas; luego un rayo que cayó como un látigo ardiente, con un chasquido, y después un segundo trueno, mucho más cerca éste, que hizo temblar todas las vidrieras del comedor. Alejandra, sin pensar, apoyó las yemas de los dedos sobre uno de los paneles, justo a tiempo de aplacar las últimas vibraciones.

Cayó otro rayo y el trueno fue esta vez un cañonazo que sacudió el comedor entero. La tarde se había vuelto muy oscura, y la luz triste y gris. El cielo estaba cubierto de nubes negras y el lomo de la sierra, allá en la distancia, apenas era visible a través de la lluvia. Alejandra estuvo tentada de apretar la palma de la mano contra el cristal, para tratar de sentir el frío exterior. El paisaje, más allá de las vidrieras, era el de cercanías ya de la sierra madrileña, una vez que se ha salido de las ciudades-dormitorio del norte. Grandes fincas cubiertas de hierbas y malezas, con encinas dispersas, separadas por largas vallas de piedras, urbanizaciones sueltas y caminos embarrados.

Desde la cristalera, Alejandra podía ver a dos caballos sueltos en una finca cercana. Se les quedó observando al tiempo que jugaba con un cigarrillo sin encender, mientras los animales trotaban sin rumbo, agitando las colas peludas, inquietos por el aparato eléctrico de la tormenta. Fuera, el día se había vuelto tan negro ahora que los vidrios le devolvían un reflejo de sí misma y, casi por instinto, se apartó un paso para contemplarse. Con la oscuridad por azogue, llegó a ver una imagen borrosa: una figura de mujer

alta y delgada, con una melena espectacular, larga, oscura y rizada; unos ojos brillantes, labios llenos...

Surgió un segundo reflejo en los cristales, éste a su izquierda y en movimiento, como la sombra de un tiburón en el agua. Y no se equivocaba mucho en esa apreciación porque, al mirar de soslayo, vio que se trataba de Salinas, que se le acercaba dispuesto, sin duda, a tratar de amargarle el día. Y lo último que deseaba en esos momentos era sostener una escaramuza verbal con aquel personaje.

Así que se apartó de golpe de la vidriera y ese simple gesto la sacó de los campos azotados por la lluvia, para devolverla a la sobremesa en el restaurante. Al rumor de las conversaciones, las risas, el tintineo de vajillas. La atmósfera del comedor estaba más que cargada de humo y hacía calor, a pesar de que habían abierto algunas ventanas. La mitad final de ese comedor acristalado estaba ocupada por las mesas de los invitados de Adrián y ahora la mayor parte estaba en pie, como la propia Alejandra, casi todos formando corrillos. Los camareros iban y venían, unos retirando platos y cubiertos, otros trayendo cubiteras de hielo y licores.

—Estuve en Belgrado en aquella época, a mediados de los noventa. Tremendo. Era como el Berlín de entreguerras...

—... esto está cada vez peor y la culpa la tiene el tema de los becarios. Al final, es una excusa para ocupar puestos que corresponden a profesionales, sin pagar un duro.

—Hay que ser iluso para creer en la existencia de algo así. Lo malo es que los ilusos abundan y ya se sabe que los tontos y su dinero nunca están mucho tiempo juntos.

—Sé que es un tópico, pero lo cierto es que la mitad de los días llego a casa reventado, a las tantas, y sin ganas de nada. Pongo la tele y es lo que hay; es basura, pero me quedo un rato viéndola y...

Las conversaciones llegaban a oídos de Alejandra como olas en la costa, yendo y viniendo. Fuera, la lluvia se había

convertido en chaparrón y el estruendo del agua sobre la cubierta del comedor fue tal que sorprendió a los comensales. Algunos levantaron los ojos por un momento y hubo quienes se acercaron a los cristales, a observar el aguacero.

Aquél era del tipo de restaurantes que agradaban a Adrián, que era quien pagaba la comida para casi una cincuentena de comensales. Adrián tenía dinero más que de sobra y gustos con frecuencia algo excéntricos. Y el lugar elegido era de esos a los que es difícil llegar, a no ser que se conozca de antemano. Un caserón antiguo y grande, de piedras pardas y tejas curvas, situado en una carretera comarcal de la sierra, al norte de Tres Cantos, reconvertido en restaurante hacía poco más de tres años.

En la planta baja había un gran salón con chimenea, así como dos salas más pequeñas, con cuatro mesas cada una. Pero el detalle original estaba en la galería exterior, adosada a la casa y a la que se accedía a través de un arco abierto en el propio muro. Un comedor largo, ancho y acristalado por completo. En verano retiraban los paneles para convertirlo en terraza donde comer al aire libre y a resguardo del sol. Con mal tiempo, las cristaleras dobles permitían la ilusión de estar sentados casi a la intemperie, pero sin sufrir sus rigores.

Alejandra, aunque era lo último que pretendía, cruzó sin querer la mirada con Salinas, que estaba esperando una oportunidad de dirigirle la palabra. Pero, antes de que el otro pudiera abrir la boca, se apartó dos pasos para unirse al corrillo de charla más próximo. Aunque, más que charla, ahí lo que había era una discusión entre dos, Max Vega y Rubén, ante la mirada de otro par, Marfil y un hombre delgado y poca cosa de perilla, cuyo nombre no conocía Alejandra, pero sí que trabajaba en una multinacional informática.

Con más que alivio buscó refugio allí, porque tanto Marfil como Max Vega aborrecían a Salinas, con educación la

primera, y de forma bastante más abierta y directa el segundo.

—No hombre, no. ¡Que no! —rechazaba Máximo Vega, Max, con su vehemencia de costumbre—. Que eso no puede ser.

—Porque tú lo digas —se empecinaba a su vez Rubén Martín, fuera lo que fuese que estuvieran discutiendo—. A ver, ¿por qué no?

Vega resopló casi indignado y, como si la discusión le estuviese acalorando, se subió un poco las mangas del jersey, negro y de cuello redondo, para descubrir a medias los antebrazos grandes y fuertes.

—Piensa un poco, hombre, que se supone que eres un profesional. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Digo que ese libro existe. Lo he visto con mis propios ojos.

—Eso no lo pongo en duda. Pero ¿se te ha ocurrido pensar que pueda ser una falsificación?

—¿Ves como no escuchas? —Rubén se subió las gafas sin necesitarlo, algo que en él era un signo de nerviosismo—. El libro del que te hablo no puede ser una falsificación porque en la primera página dice que es la copia de otro documento mucho más antiguo.

—¿No quieres llamarlo falsificación? Pues lo llamamos fraude, un montaje. La copia supuesta de un libro que nadie ha visto jamás y del que nadie ha oído nunca hablar.

—¿Y por qué iba alguien a montar algo así?

—Por mil motivos. Parece mentira que hayas estudiado Historia y que a estas alturas me salgas con ésas, hombre. Los documentos falsos han servido para respaldar y legitimar toda clase de actos y apropiaciones dudosas. Las falsificaciones históricas han sido moneda corriente desde la antigüedad y tú, especialmente, debías saberlo.

El pobre Rubén se iba arrugando más y más ante las frases, como bombas, que le soltaba Max Vega, para quien no era rival ni en retórica ni en contundencia. Y aun así aguan-